

cia: sois padre putativo de Jesús y dignísimo esposo de María; rogad á vuestro Hijo, y rogad á vuestra Esposa por nosotros; ved que llenos de confianza acudimos á vos por el remedio de todos nuestros males; no permitáis que queden confundidos vuestros hijos.

Todo lo podéis con María, y todo lo alcanzáis de vuestro amadísimo Jesús; y vuestro corazón lleno está de misericordia y de ternura para con nosotros; bendecidnos una y otra vez, y rogad sin cesar por vuestros hijos.



### CAPÍTULO XIII

Los amantes de Jesús y de su Madre santísima  
bajo el patrocinio de Señor san José.

#### I

**E**L santo patrocinio de José se extiende á todos los cristianos; siempre rico en beneficios, atiende y remedia todas las necesidades de los hombres con una misericordia llena de compasión y de ternura; y podemos decir de tal patrocinio, lo que dijo de sí misma la Sabiduría: Yo derramé ríos de agua viva; y como canal de agua inmensa derivada del río, y como acequia sacada del río, y como un acueducto salí del Paraíso. Y dije: Regaré los plantíos de mi huerto, y hartaré de agua los frutales de mi prado; y mi canal ha salido de madre, y mi río se iguala á un mar, porque la luz de mi doctrina con que ilumino á todos, es como la luz de la aurora, y seguiré esparciéndola hasta los tiempos más remotos. Penetraré las partes más profundas de la tierra, y echaré una mirada sobre los que duermen, é ilu-

minaré á todos los que esperan en el Señor (1).

Tal es la extensión del patrocinio de Señor san José; y así es exuberante y bienhechora la gracia de su santa protección. Sin embargo de esto, el santo patrocinio de José, brilla con singular belleza, y derrama sus más ricos y espléndidos tesoros sobre aquellos que aman con particular cariño á Jesucristo nuestro Señor y á su divina Madre. Examinemos la razón de todo esto, que está, sin duda alguna, en el amor del castísimo Patriarca á su Hijo putativo y á María.

Ama José, con todo su afecto, á Jesucristo nuestro Señor: ¿quién puede dudarle? Y si así sucediese, allí está la vida entera del gran Patriarca para disipar la más ligera duda.

Ama José á su Jesús divino, mas lo ama como á Dios verdadero, Criador del cielo y de la tierra; y el amor que le tiene, es purísimo, ardiente y perfecto. A la luz de la fe, contempla ese gran Patriarca, en el Hijo de Dios que tiene en sus brazos, una grandeza infinita, y una gloriosa y admirable majestad.—Contempla, asimismo, la hermosura, y la bondad, y todas las perfecciones de Jesús; y José se humilla y se anonada en su presencia; y le ama, y bendice la gloria de su Nombre, y canta sus divinas alabanzas, y quiere que todos le amen. Vuelve sus miradas hacia el mundo, y al descubrir entre los hombres, á los que están consagrados al amor de su Jesús querido, de su Dios verdadero, fija sobre ellos sus mi-

(1) Eccli., XXIV, 40-45.

radas, y los contempla con amor de Padre. ¿Cómo no hacerlo, cuando el celo del amor de Dios y de su santa gloria, abrasan y enardecen toda su alma; cuando el corazón de nuestro Santo arde en las purísimas llamas del amor de Dios?

Es muy amado por algunos cristianos el Hijo de Dios... Oh santa complacencia del corazón de José, ¿quién podrá medirte?

¿Cabe en el corazón del gran Patriarca el amor que le tiene al Hijo de Dios? y ese amor pide razones, pide alabanzas, y toda bendición y gloria para Aquel á quien así ama.

Si contemplamos un instante al gran José, todo en él nos revela su ardiente caridad para con el Hijo del Eterno; y esa caridad se difunde, se extiende como el fuego y quiere abrasarnos en sus llamas; y si lo alcanza, experimenta el corazón de nuestro Santo, un júbilo indecible; y siéntese como obligado por el amor que tenemos á Jesús, y paga este amor protegiéndonos con su afecto de padre, y teniendo para con nosotros, un cuidado y una providencia verdaderamente singulares.

Ama José al Hijo de Dios con afecto de padre; y ¿existe padre alguno que no sienta en el alma los desprecios que se hacen á sus hijos? Por otra parte, ¿hay algún padre que no vea con agrado el amor y el aprecio que tenemos á sus hijos? y se tiene en verdad por muy obligado para con aquellos que los aman y aprecian.

Al ver á nuestro Santo que lleva en brazos á su Hijo putativo, exclamamos: No toquéis á ese Niño divino, no le ofendáis en lo más mínimo; ya que

al hacerlo contristaríais el corazón del más amante padre, y alejaríais de vosotros su santa protección.

Amad á Jesús, y su padre putativo aceptará ese amor con más agrado que si amaseis á él mismo; pues ama á Jesús sobre todas las cosas; y el amor que se tiene á sí mismo nuestro Santo querido, es como nada si lo comparamos con el que tiene á Jesús.

No lo dudamos, José nos pagará, con singulares gracias y favores, nuestro amor á Jesús. Está obligado con nosotros, y tendrá que recibirnos por sus hijos muy queridos.

¿Qué favor podrá negarnos si le presentamos todo nuestro afecto para con Jesús? Con tal afecto le rendimos, si así podemos decirlo, y le tenemos como encadenado. Así es grande y poderoso el amor que tiene á su Hijo putativo.

¿Cuál es el término, el objeto de su paternal cariño? el Hijo unigénito del Eterno, á quien tanto debe; que se dignó sublimarle á la dignidad de padre putativo suyo; que le enriqueció de dones celestiales, que le hizo agradable á sus divinos ojos; y, en fin, que se llamó su Hijo. José ¿dejaría de amarle con el más ardiente y generoso amor, con un cariño inmenso, según la posibilidad de la criatura; en una palabra, con todo el corazón y sobre todas las cosas? No toquéis á ese Niño, decimos otra vez; no le ofendáis; porque el amor que le tiene José no lo permite. Amadle con todo el corazón, y siempre viviréis bajo el santo patrocinio de José, como sus hijos muy queridos que

han cautivado su amor, y dueños son de sus misericordias y sus gracias.

El gran Patriarca desea vivamente que su Hijo putativo sea conocido y amado de los hombres; y para esto nos le presenta, llevándole en brazos, lleno de amabilidad y de dulzura. Ese Niño no descubre en su semblante el más ligero rastro de indignación ó de dureza, ni rechaza á los que se le acercan; mas todo lo contrario: atraen y cautivan sus miradas, llenas siempre de amor; y sus labios parecen entreabrirse con una sonrisa encantadora, para decirnos: Venid á Mí los que trabajáis, los que gemís bajo el peso del dolor; que Yo os aliviaré. Y por todas partes camina el gran Patriarca sin dejar un instante á su Hijo, descubriendo todos sus encantos, é inclinando á los hombres á su amor; si lo consigue, pide á Jesús que los bendiga; y ese Niño jamás se niega á los ruegos de su padre.

¿Qué bienes no pedirá para nosotros, al ver que llevamos en el alma el amor á su querido Hijo? Y este Hijo abre los tesoros de su gran misericordia y nos enriquece con la abundancia de su gracia; porque así se lo pide el gran José, que se digna ampararnos con una protección singularísima por el amor que tenemos á Jesús.

Amemos á ese Hijo divino, amemos á su padre putativo; pongamos en Dios nuestra confianza, y recordemos estas palabras divinas: Dios robustece al débil, y da fuerza y vigor á los que nada tienen. Desfallecerá fatigada de cansancio la edad lozana, y se caerá de flaqueza la juventud; mas los

que tienen su esperanza en el Señor, adquirirán nuevas fuerzas, tomarán alas como de águila, correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán (1).

II

Después de Jesús, es María todo el amor de José. Y ¿por qué la ama? Porque es María dignísima de todo el amor de su esposo.

¿Qué veis en la Sulamite, se decía en otro tiempo, sino coros de música en medio de armados escuadrones? (2). Preguntemos á nuestro querido Santo: ¿Qué veis en vuestra Esposa, en esa inocente y sacrosanta Virgen, sino perfección y gracia? Es más bella que la misma belleza y más santa que la misma santidad; sola santa, purísima en el alma y en el cuerpo; ha sobrepasado toda integridad y virginidad; y ha sido hecha, toda Ella, el domicilio de todas las gracias del Espíritu divino; y exceptuando solamente á Dios, es superior á todas las criaturas, aun á los querubines y serafines, y á todo el ejército de los ángeles; ninguna lengua basta para cantar sus glorias (3).

Así se presenta María á los ojos de su amantísimo esposo, que como fuera de sí mismo pudiera también exclamar: ¡Oh cuán bella es la esposa que el Señor me ha dado, cuán bella es! Y suspendido

(1) Isai., XL, 29-31.

(2) Cant., VII, 1.

(3) Bulla Ineffabilis.

en éxtasis de amor, palabras no tendría con que alabarla.

La santidad y belleza de María exhalaban la más delicada fragancia de todas sus virtudes; y José no respiraba en otra atmósfera sino en la que estaba embalsamada con todas esas virtudes.

Era la divina Niña para su esposo, un preciosísimo tesoro que Dios le había confiado para enriquecerle, y que el mismo José tenía que guardar para gloria del Señor.—Era también esa Virgen sagrada, el paraíso de las delicias del Eterno; y José era el ángel custodio que tenía que defenderlo de todas las asechanzas del demonio.

¿Qué veis en María, preguntamos de nuevo al santísimo Patriarca? José descubre en su Esposa inmaculada, un santuario de gloria, un templo divinísimo donde moró el Eterno (1); y al contemplarla tiene que exclamar: ¡Oh Señor! yo he amado el decoro de vuestra casa y el lugar donde reside vuestra gloria (2). Y en efecto, el gran Patriarca amó la honra de María; fué custodio de su purísima virginidad, y la veneró como á Madre del Eterno.

¿Quién podrá decirnos cuántas fueron las atenciones, y cuán profundo el respeto de este esposo dichosísimo, con aquella santísima Señora á quien Dios había escogido por Madre, y que antes que de José, era la esposa del Espíritu divino?

Dichosísimo hemos llamado á nuestro Santo,

(1) Bulla ineffabilis.

(2) Ps., XXV, 8.

porque Dios le había concedido por esposa á la que es el tesoro del cielo y de la tierra, á la más sublime y perfecta de todas las criaturas, á la que entre todas éstas es la preferida del Eterno.

José la amaba con amor virginal y purísimo; y sus santos afectos se elevaban del corazón de María hasta el seno de Dios, convirtiéndose allí en cánticos de amor y de alabanza por ese don precioso que el santísimo Patriarca había recibido del Señor.

Los afectos de José para con su santa Esposa, eran vivos y fecundos manantiales de una dicha purísima, y eran asimismo un piélago insondable de delicias que inundaban sin cesar el corazón de nuestro Santo: la justicia, la paz de Dios y el gozo en el Espíritu divino, y todo noble y elevado sentimiento, y la hermosura de la pureza con todos sus encantos, y las suavidades y consuelos de la divina gracia; todo esto, decimos, salía espontánea y deliciosamente, del incomparable cariño de José á su divina Esposa.

¿Qué veis, oh José, en vuestra santa Esposa, á quién amáis con el más delicado y celestial afecto? —Ve el santo Patriarca, el amor que le tiene María, purísimo y santo; ve su fidelidad, sagrada y perfecta; y su pureza sin mancha ninguna, que atrajo al Hijo de Dios del seno de su Padre. Y ve que esa Virgen sagrada, esa Madre divina, está siempre á sus órdenes; que en todo le atiende y obedece; y la ve ocupada en los quehaceres de su casa. Y el humilde José queda como fuera de sí mismo: la Reina del cielo y de la tierra, la Madre de Dios le

sirve, le atiende y obedece. Esa humildad del gran Patriarca excita una y otra vez su amor y su ternura hacia María. Si María le ama, le obedece y le sirve, José ¿no pagará el amor de María con el suyo; y los servicios de aquella santísima Señora con todos los afectos de su corazón? Y así lo hace: después de Jesús es María todo su amor.

Pongamos ahora los ojos en el santo patrocinio de José: ¿dejará de proteger, nuestro querido Santo, con singularísimo cariño, con amor de verdadero padre, á los que aman á su santa Esposa, y la honran y sirven con fidelidad? José los tomará por suyos, y sabrá comunicarles el amor que tiene á su divina Esposa; y volviéndose á ellos les dirá: Amadla como yo la he amado, y servidla como yo la serví; y su amor y servicio serán para vosotros dulcísima esperanza, alivio y consuelo en todas las necesidades de la vida, y segura prenda de la gloria. Yo recibiré el amor que le tengáis; y por él, Dios os colmará de bendiciones.—No temáis acercaros á mi dulce Esposa, pues es Madre de piedad y gracia; no temáis, que yo mismo os llevaré á sus pies, le rogaré por vosotros, y María os tomará por sus hijos. ¿Qué más queréis? Con ello os vendrán todos los bienes; amadla, hijos míos, amadla y servidla y seréis muy dichosos.

Mucho es en verdad lo que debe el castísimo Patriarca á su sagrada Esposa: le ha entregado su corazón, le ha recibido por esposo, y José no ignora quién es María, y cuánto vale á los ojos del Eterno; siéntese, pues, enteramente obligado para con Ella.

Añádese á esto la solicitud de la Virgen santísima para con José, y las atenciones y cuidados con que procuraba complacerle. No era solamente su esposa, era también como su hija, siempre humilde y rendida á sus órdenes, y llena siempre de filial ternura.

¿Hubo siquiera un solo día en que el dichosísimo José no recibiese señaladas pruebas del amor de María, ó en que esta santísima Señora dejase de atenderle con agrado? José no solamente recuerda el amor y la fidelidad incomparables de su sagrada Esposa; los tiene presentes; y son para El motivos de una inmensa dicha; y lleno de gratitud para con Dios nuestro Señor, le bendice y adora por haberle enriquecido con ese don tan precioso, con el tesoro del cielo y de la tierra, la inmaculada y santísima Virgen María.

Mucho es, hemos dicho, lo que á María debe su sagrado esposo; mas él paga amor con amor; y la prefiere á todas las criaturas, y vive pensando siempre en Ella; y paga también su cariño atrayendo á los pies de María los corazones de los hombres, ó bien rogando al Señor que sea conocida y amada su divina Esposa, ó inspirando á los cristianos que la amen con todo su cariño. Y ese deseo vivísimo y ardiente no quedaría satisfecho, si hubiese alguno que no amase á la Virgen sagrada, á su Esposa querida, que tanto le ha obligado con su amor.

¡Oh José santísimo! encended nuestras almas en el dulce amor de María. Vos queréis que la amemos; tomad nuestros corazones é inflamadlos

en el fuego de la santa caridad con que la amáis; arrancadnos del amor al mundo y de todo aquello que pueda alejarnos del amor de María. ¡Oh quién la amase con todo el corazón! Es la más perfecta de todas las criaturas; es amabilísima, y llena está de piedad y gracia para con los miserables; y de su seno brotan sin cesar las fuentes de la misericordia y del perdón.

Después de Jesucristo todo lo debemos á vuestra Esposa inmaculada y santa. Es para nosotros luz que disipa las tinieblas, esperanza que alienta el corazón, y celestial consuelo que aleja la tristeza, vida y salud, paz y delicias celestiales; en una palabra, todo nuestro bien después de Dios nuestro Señor. Nos ha colmado de gracias y favores, y jamás se ha olvidado de nosotros. Tenemos, pues, que amarla con todo el corazón. Por esto acudimos á vos, José santísimo; alcanzadnos de Dios nuestro Señor el amor de María; haced que pensemos en Ella sin interrupción; que sea nuestro encanto y todo nuestro amor.

¡Oh quién la amara como vos la amáis! Ya que así lo queréis, santísimo Patriarca, dadnos vuestro corazón y reine siempre en nosotros el amor de María.

